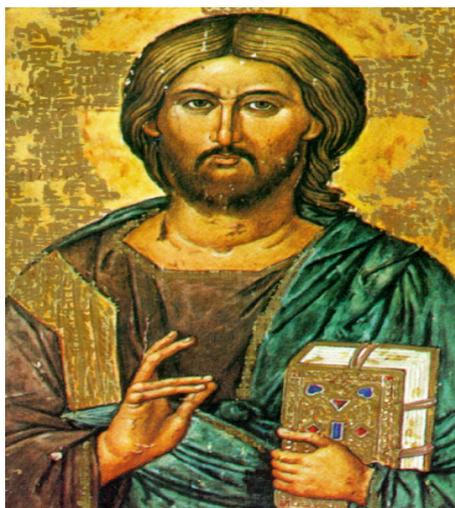


II. Dimensión Cristocéntrica



Sumario

1. Cristocentrismo de la Regla de san Alberto, 2. El Cristocentrismo vivido por los Santos del Carmelo; 3. Los Carmelitas, miembros del Cuerpo Místico de Cristo; 4. La Palabra de Dios en la Regla; 5. La Palabra de Dios, alimento espiritual de los Carmelitas; 6. El amor esponsal en los Santos del Carmelo

1. Cristocentrismo de la Regla de san Alberto

La vida de todo cristiano es seguimiento de Jesús, porque Él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). La vida religiosa según el derecho Canónico «es seguimiento más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo» (can. 573). El Concilio así lo había definido: «La norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como se propone en el Evangelio, ésa ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema» (PC 2, a).

Teniendo en cuenta el tiempo histórico en el que nació la Orden del Carmen, sabemos que, a partir del siglo XII, se fue acentuando en la Iglesia una acentuada tendencia cristológica: surgía del pueblo cristiano una viva simpatía por la persona de Jesús, el Verbo encarnado, y una tierna devoción al misterio salvífico de su humanidad. Los peregrinajes a Tierra Santa, y cuando estos no fueron posibles, a través de las cruzadas, hubo un contacto inmediato con la patria de Jesús y el escenario de los misterios de la redención humana.¹

¹ N. GEAGEA, *María Madre y Reina del Carmelo. La devoción a la Virgen del Carmelo durante los tres primeros siglos de su historia*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1989, 502.

Nos lo recuerda san Alberto, Patriarca de Jerusalén, en el inicio de la Regla que nos ha legado: «Cualquiera que sea la Orden a que pertenezca o el modo de vida religiosa que hubiere elegido, haya de vivir en obsequio de Jesucristo, y servirle fielmente, con corazón puro y buena conciencia» (n. 2).

Cristo da sentido y plenitud a toda la vida del carmelita. En el contexto de la sociedad medieval «vivir en obsequio de Cristo», significaba una situación de vasallaje respecto a su Señor. Jesús es el Señor de Tierra Santa. Nos recordará Nilo Geagea: «Para los institutos religiosos nacidos en Tierra Santa, el “obsequio de Jesucristo” era estrictamente obligatorio, al haber surgido en un lugar que era considerado “patrimonio de Cristo”: feudo conquistado con su sangre, territorio sobre el que Él ejercía un poder indiscutible de “patrón” soberano.»²

Los ermitaños latinos del Monte Carmelo, porción del feudo de Cristo, se propusieron una finalidad cristológica, vivir «in obsequio lesu Christi», a modo de vasallos ante su «patrón» y reconociendo a Jesucristo, como el «Señor del lugar». De este modo, los ermitaños que se habían enrolado al servicio del Señor Jesús le consagraban totalmente sus vidas. Él era el centro de su meditación, de la liturgia, de su razón de ser y de existir. Y con Jesús a una total sumisión, dependencia y disponibilidad a la voluntad del Padre.

Toda la Regla está penetrada de la persona de Jesús: «Meditar día y noche en la ley del Señor y velando en oración» (n. 10). Cada día se reúnen para celebrar la Eucaristía (n. 14). Rezar las horas canónicas o la oración del Padrenuestro (n. 11). El ayuno que debían observar está regido por los misterios de la vida del Señor «Desde la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, hasta el día de la Resurrección del Señor, ayunaréis todos los días, excepto los domingos» (n. 16).

2. El cristoncentrismo vivido por los Santos del Carmelo

El carmelita desde siempre ha buscado penetrar en el santuario interior de Cristo. Le gusta estar recogido y silencioso con Él, para penetrar y vivir sus sentimientos y disposiciones más íntimas, insertarse en el movimiento de su alma hacia la Trinidad, dejándose transformar por las tres divinas personas. Jesús es el camino para llegar a esta comunión más íntima y profunda con el Padre en el Espíritu Santo. Jesús es el mediador único y universal, nadie va al Padre sino por Él.

² Nilo GEAGEA, *María Madre y Reina del Carmelo. La devoción a la Virgen del Carmelo, durante los tres primeros siglos de su historia* (Col. Estudios M. Carmelo n. 11), Ed. Monte Carmelo, Burgos 1989, 503.

San Juan de la Cruz es maestro insigne en ayudar al alma a este conocimiento: «En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría de Dios escondidos. En los cuales el alma no puede entrar ni puede llegar a ellos, si, como habemos dicho, no pasa primero y entra en la espesura del padecer exterior e interiormente y, después de haberla Dios hecho muchas otras mercedes intelectuales y sensitivas y habiendo precedido en ella mucho ejercicio espiritual» (CE 36,3).

Identificándose con Cristo, siendo transparencia de Cristo en su vida, el carmelita puede ofrecer finalmente, a Dios una alabanza, digna de su majestad y grandeza. Uniéndose a Cristo en la adoración y en la expiación, participa de su misión redentora cooperando eficazmente en la salvación de las almas. Ante esta posibilidad, Isabel de la Trinidad, exclamaba: «¡Qué sublime es la misión de la carmelita! Debe ser mediadora con Jesucristo, serle como una humanidad complementaria en la que pueda perpetuar su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración» (cta. 256, 12.1905).

En santa Teresa de Jesús hay un amor entrañable a la humanidad de Cristo. Enriquecía su vida interior en la meditación de la pasión del Señor, en el culto a la Eucaristía, en la celebración gozosa y a la vez profunda de los misterios del Señor. Esto mismo enseñará a sus hijas: «Pues juntaos cabe este buen Maestro, muy determinadas a deprender lo que os enseña, y Su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama» (C 26,10).

Santa Magdalena de Pazzi en sus *Avisos y enseñanzas*, intenta ayudar al alma a vivir la vida cotidiana teniendo presente a Dios y la humanidad sacratísima de Jesús: «En la primera pausa durante la comida, adorad a Jesús con suma reverencia por la gloria que la humanidad del Verbo dio a la divinidad» (Aviso 367).

En el beato Francisco Palau su amor a Cristo se transfiguró en amor a la Iglesia, ya que «la Iglesia es Dios y los prójimos, y es ella el objeto y el término último de nuestro amor» (MR 11,21).

El único deseo de santa Teresa de Lisieux será amar a Jesús, así se lo manifestará a su hermana en el inicio de su vida religiosa: «¡Quisiera amarle tanto...! ¡Amarle como nunca lo ha amado nadie...! Mi único deseo es hacer siempre la voluntad de Jesús» (cta. 74, 2r). Al final de su vida, por la acción del Espíritu Santo y su correspondencia quedará cristificada, de modo que en su agonía, a pesar de sus grandes sufrimientos físicos y espirituales, Cristo en ella diga al Padre: «¡Sí!, lo amo... ¡Dios mío..., te amo!» (UC 30.9)

En Isabel la Trinidad la misión de la carmelita es identificarse con Cristo para ser una alabanza perfecta del Padre. Pedirá en su elevación espiritual a la Trinidad: «¡Oh mi Cristo amado, crucificado por amor!, [...] te pido que me ‘revistas de ti mismo’, que identifiques mi alma con todos los movimientos de tu alma, que me sumerjas en Ti, que me invadas, que ocupes Tú mi lugar, para que mi vida no sea más que una irradiación de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador. [...] ¡Oh, Fuego consumidor, Espíritu de Amor! ‘Ven a mí’ para que se haga en mi alma como una encarnación del Verbo. Que yo sea para Él una humanidad complementaria en la que renueve todo su misterio» (NI 15).

San Nuño de Santa María, el que antes de ser donado carmelita, fue condestable del ejército portugués, al preguntarle por su piedad eucarística respondió: «Quien quiera verme vencido en las batallas, que me aleje de este sagrado convite, en el cual Dios mismo, pan de los fuertes, vigoriza a los hombres. Por lo tanto, fortalecido con este manjar, me revisto de ánimo y valor necesario para vencer al enemigo...».³

En Herman Cohen, también llamado el convertido de la Eucaristía, sus palabras están impregnadas de amor a Jesús y a María: «Ella me ha dado la Eucaristía, y la Eucaristía me ha enajenado el corazón, y la Eucaristía ha proyectado dentro de mí un atractivo tan maravilloso que no he querido vivir más que para Jesús y María, y a Jesús me di en la Orden de María, y así me hice religioso de María y sacerdote de Jesús.»⁴

En Edith Stein, después de su conversión al Cristianismo, «Cristo y el Evangelio eran cauce sobre el cual ella, sin ningún tipo de reservas, orientaba toda su vida... Su adoración por el Santísimo Sacramento y su devoción por María y por el Sagrado Corazón de Jesús eran tan simples y naturales y a la vez tan profundas y vivas, que frente a ese hecho sólo cabe una gran admiración».⁵ Al final de su vida se produjo en ella una profunda cristificación: «Cristo mismo como Cabeza realiza la expiación del pecado en esos miembros concretos de su Cuerpo místico, que se han puesto a disposición de su obra de salvación en cuerpo y alma.»⁶ Ella será una de estos miembros que ayudarán a Cristo a llevar la cruz en expiación por los pecados de su nación (Alemania) y de su pueblo (el judío).

³ *Revestido de la coraza de la Justicia...*, Carta del Prior General Fernando MILLÁN ROMERAL a toda la Familia Carmelita con motivo de la canonización del beato Nuño de Santa María Alvares Pereira (25.3.2009) Ed. Carmelitane, Roma 2009, 10.

⁴ Citado por Rafael M^a LÓPEZ MELÚS, *Más como ellos y ellas*, J. Flor, ed. Barcelona, 1958, 148.

⁵ EDITH STEIN, *Los caminos del silencio interior*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1988, 10.

⁶ *Ibid.*, 101.

Santa Teresa de los Andes experimentó en tal forma el amor de Jesús hacia ella, que decía: «Cristo ese loco de amor, me ha vuelto loca» (cta. 107, 11.6.1919). Ella procuraba transmitir a las personas con las que se relacionaba esta cercanía amorosa de Jesús, «traten de conocer a Jesús, el amigo íntimo de nuestras almas. En Él encontrarán la ternura de una madre en grado infinito; consuelo, si tienen que sufrir; fuerza para cumplir con sus deberes. Mirarán a Jesús anonadado en el pesebre, en la cruz, en el sagrario. Allí nos dice cuánto nos ha amado» (cta. 26.11. 1919)

El beato Tito Brandsma muestra el profundo amor a Jesucristo en la poesía que escribió en la cárcel de Scheveningen, ante una estampa de Jesús en su celda:

«Cuando te miro, buen Jesús, advierto / en Ti el amor del más querido amigo, / y siento que, al amarte yo, consigo / el mayor galardón, el bien más cierto. / Este amor tuyo -bien lo sé- produce / sufrimiento y exige gran coraje; / más a tu gloria, en este duro viaje, / sólo el camino del dolor conduce. / Feliz en el dolor mi alma se siente: / la Cruz es mi alegría, no mi pena; / es gracia tuya que mi vida llena/ y me une a Ti, Señor, estrechamente. / Si quieres añadir nuevos dolores / a este viejo dolor que me tortura, / fina muestra serán de tu ternura, / porque a Ti me asemejan redentores. / Déjame, mi Señor, en este frío / y en esta soledad, que no me aterra; / a nadie necesito ya en la tierra / en tanto que Tú estés al lado mío. / ¡Quédate, mi Jesús! Que en mi desgracia, / jamás el corazón llore tu ausencia: / ¡que todo lo hace fácil tu presencia / y todo lo embelleces con tu gracia!»⁷

Santa Maravillas de Jesús sentía en su interior el llamamiento a inmolarse por la salvación de las almas y especialmente por España. Se sentía llamada a ser lámpara encendida de amor a Jesús en nombre de todos sus compatriotas. Esta llamada interior avivó en ella un gran amor al Sagrado Corazón de Jesús y al Dios vivo muy amante y muy amado en la Sagrada Eucaristía. Ella por experiencia decía: «Todo está en confiar del todo en su corazón y abandonarse amorosamente en sus manos. Llevará al alma por obscuridades, le dará a gustar su bendita cruz, hará de ella lo que quiera, pero todo le conducirá a adentrarse más en ese Corazón que tanto la ama.»⁸

⁷ Poesía «Delante de la estampa de Jesús en mi celda» (12.2.1942), citada por Miguel María ARRIBAS, *El precio de la verdad. Tito Brandsma, carmelita*. Postulación General de los Carmelitas, Roma 1998, 215-216.

⁸ M. MARAVILLAS, *Era Así*, Ed. La Aldehueta, Madrid 1993, 73, (C 6236).

Al hacer este pequeño recorrido sobre el amor profundo que tantos carmelitas han tenido hacia Jesús, podemos constatar cómo cada uno nos revela un aspecto distinto de los misterios de Cristo. Unos hacen hincapié en la Humanidad Sacratísima de Jesús; otros adoran a Cristo Eucaristía; otros contemplan el amor que dimana de su Sagrado Corazón; en algunos el amor a Cristo se transfigura en amor a Cristo total, que es la Iglesia... Contemplando esta variedad y profundidad del conocimiento de Cristo, que nos revelan carmelitas insignes a través de los escritos que nos han legado, podemos contemplar algún destello de la belleza de Jesucristo y su amor hacia nosotros. Por ello, con admiración, no podemos decir más que con san Juan de la Cruz: «Hay mucho que ahondar en Cristo; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término; antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá» (CE B 37,4).

3. Los Carmelitas, miembros del Cuerpo Místico de Cristo

Hay una unidad íntima y misteriosa entre Jesús y los suyos, que ya está expresada en el Evangelio de Mateo: «Venid, benditos de mi Padre: tomad en herencia el reino que para vosotros está preparado desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... Entonces le responderán los justos: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer o sediento y te dimos de beber?... Y respondiendo el rey les dirá: Os lo aseguro: todo lo que hicisteis con uno de estos hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,34-40).

Saulo, camino de Damasco, se encontró con Cristo en su unidad con la Iglesia: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él respondió: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús a quien tú persigues» (Hch 9,4-5). Pablo, una vez convertido, no dejó nunca de meditar en esta vinculación de Jesús con la Iglesia, de modo que ha sido considerado el evangelista del cuerpo Místico de Cristo.

En la carta a los Romanos (12, 3-7) y en la primera carta a los Corintios (12, 4-30), Pablo destaca la unidad vital entre Cristo cabeza y los miembros del cuerpo místico. Para hacerlo comprensible a sus oyentes o lectores elige el símil del cuerpo: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo» (1Cor 12,12).

Del mismo modo que hay diversidad de ministerios: apóstoles, profetas, maestros..., también existen diversos carismas: «a uno le capacita el Espíritu para hablar con sabiduría, mientras a otro le concede

expresarse con profundo conocimiento de las cosas. El mismo Espíritu que otorga a uno el don de la fe, concede a otro el poder de curar enfermedades, o el de hacer milagros, o el de comunicar mensajes en nombre de Dios, o el de distinguir entre falsos espíritus y el verdadero Espíritu. [...] La presencia del Espíritu en cada uno se ordena al bien de todos» (1 Cor 12, 7-11).

Podríamos hacer extensiva esta diversidad de dones derramados por el Espíritu Santo a la Iglesia, con lo que suponen para ella los distintos carismas de los institutos religiosos, los cuales prolongan alguna dimensión de la persona de Jesús.

Se pudiera decir que a la Compañía de Jesús le ha tocado en heredad prolongar ante todo la disponibilidad de Jesús para anunciar a todo lugar y hombre la Buena Nueva del Evangelio. La comunidad ecuménica de Taizé y el movimiento Focolar prolongarían la pasión de Cristo por la unidad de la Iglesia... Esta lista podría ser inmensa, gracias a la acción del Espíritu Santo en el nacimiento y sostén de los más variados carismas que edifican el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia.

Nos podemos preguntar, ¿cuál es la dimensión principal de Cristo que encarna la Orden del Carmelo? Se pudiera afirmar que si la Orden benedictina encarnaría la oración de Jesús al Padre a través de las oraciones cultuales del pueblo de Israel, en particular de los Salmos, el Carmelo encarnaría la oración interior de Jesús en su comunicación con el Padre. Es decir: «El encuentro con Dios no esquematizado, ni formulado con frases y palabras humanas, sino sentido en el fondo del alma de un modo íntimo y vivificante.»⁹

El carmelita prolonga la oración interior de Jesús al Padre, realizada desde la fe, el amor y la esperanza. Participa a su vez de su celo por la Gloria del Padre, deseando ardientemente que sea santificado su nombre; sea reconocido como el Dios único y verdadero.

Al participar de la misión que el Padre le ha dado a su Hijo, de redimir la humanidad, de modo que puedan los hombres y mujeres gozar de la salvación eterna, el carmelita experimenta un profundo dolor cuando, «por los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (Gs 19). Por ello el y la carmelita a través de la oración intercesora, le suplica al Padre por medio de su Hijo que la Iglesia encarne ya en este tiempo histórico la belleza a la que está llamada a reflejar en la Iglesia celestial, en la que Cristo, el Esposo, pueda decir: «¡Mirad a la esposa engalanada!, vestida de lino finísimo y deslumbrante de blancura. El lino que representa las buenas acciones de los consagrados a Dios» (Ap 19,

⁹ A. MARCHETTI, «Carmelitas», E. Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Herder, Barcelona 1983, vol. I, 332- 341 (337).

7-8). A su vez suplica al Padre que la sangre derramada por su Hijo en la Cruz no sea en vano en ninguna generación, sino que los hombres se dejen salvar por la redención que Cristo ya nos ha alcanzado, sea con la fe y las obras de la fe (Jn 6, 29; Sant 2,18), o al menos por las obras de misericordia por las cuales todos los hombres seremos juzgados (Mt 25, 31-46).

El carmelita, según el servicio que el Espíritu le concede realizar en el seno de la Orden y de la Iglesia, refleja diversas dimensiones de Jesucristo. En santa Teresa de Jesús, en san Juan de la Cruz, en santa Magdalena de Pazzi como en santa Teresa del Niño Jesús podemos descubrir la solicitud de Cristo por la formación de los discípulos a Él encomendados.

En los escritos íntimos *Mis Relaciones* del beato Francisco Palau se puede intuir el profundo drama interior de Jesús, de quien por llevar a término la misión del Padre entra en conflicto con quienes le representan.

El beato Tito Brandsma detenido, encarcelado y muerto por la dictadura nazi de Hitler nos ayuda a descubrir a Jesús en sus últimos días, antes de morir en la cruz. No se encontrará solo en el juicio, porque Jesús estaba con él. Este le decía: «Déjame, mi Señor, en este frío / y en esta soledad que no me aterra; / a nadie necesito ya en la tierra / en tanto que tú estés al lado mío.»¹⁰ Estas palabras nos recuerdan las de Jesús: «El que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque hago siempre lo que le agrada a él» (Jn 8,29).

Él, como Jesús, pasó hambre, frío, torturas, interrogatorios en los cuales la sentencia condenatoria estaba dada antes de juzgarle. Soportó todo tipo de sufrimientos morales y físicos. Estos no fueron capaces de acabar con su fe y confianza en Dios. Poco antes de morir había exclamado: «Hágase tu voluntad, Señor, y no la mía» (Lc 22,42). Como Jesús, murió perdonando, anhelando la salvación eterna de los responsables y los causantes de su muerte en la cruz. A la enfermera que le inyectó la dosis letal, el beato Tito le enseñó, a través del rezo del santo Rosario, a pedirle a la Virgen que rogara por ella pecadora. Por intercesión del beato Tito y de la Virgen María alcanzó de Dios su conversión. Testificaba el jesuita el P. Connick, testigo de sus sufrimientos en el campo de Dachau, «murió feliz, realmente feliz, por haber sido tratado y flagelado como Cristo».¹¹

Del mismo modo que san Pablo, escribe a los Gálatas «Estoy crucificado con Cristo» (Gal 2, 19). Desde san Francisco de Asís, a algunos cristianos Dios les concede reproducir, también

¹⁰ Poesía «Delante de la estampa de Jesús en mi celda» (12.2.1942), citada por Miguel María ARRIBAS, *El precio de la verdad. Tito Brandsma, carmelita, o.c.*, 216.

¹¹ *Ibíd.*, 332.

fisiológicamente, la imagen sangrante de Cristo. Este fue el caso de sor María de Jesús Crucificado, la llamada 'florezilla árabe'. Ella recibió la gracia de los estigmas, cuando se unió a la intercesión de la Virgen por los pecadores, y le decía a Jesucristo: «Señor, mi salvador, dame, si quieres, todos estos sufrimientos, pero ten misericordia de los pecadores.»¹² Desde este momento, todos los viernes sangrará su costado con atroces sufrimientos. La llaga del corazón precedió siete meses a los estigmas de las manos y de los pies, como para dar a entender que la diminuta postulante era, ante todo, una estigmatizada de amor.

Se podría ir presentando a cada uno de los santos y santas del Carmelo, y constatar cómo han ido reflejando a la persona de Cristo en su vida. Cristificados por el Espíritu Santo han participado de los mismos sentimientos de Cristo, y han configurado su voluntad a la de Dios, tanto en lo escondido del claustro como en el servicio apostólico en la Iglesia.

No solo ello, sino que el carmelita dócil a la acción del Espíritu Santo refleja en su fe la belleza de la fe de la Iglesia, como acontece en santa Teresa de Jesús. Dirán de ella grandes conocedores de la historia de la Teología: «Tal vez en toda la historia de la Iglesia no se recuerde después de San Irineo, figura de más perfecto catolicismo que la de Teresa de Jesús. Lea sus obras quien quiera conocer el espíritu verdadero del catolicismo.»¹³

4. La Palabra de Dios en la Regla

Una de las indicaciones más importantes de la Regla, es «meditar día y noche en la ley del Señor y vigilar en la oración» (n.10). Esta ley del Señor no es otra que la voluntad de Dios escrita en su Palabra. Como escribe Jaume Barrull: «Los primitivos carmelitas no conocieron otra regla que las Sagradas Escrituras. En ellas encontraron los ermitaños del Monte Carmelo la esencia de la vida que habían abrazado. Tal es el aprecio singular de que goza la Biblia en el Carmelo: La Regla de las reglas. La espiritualidad bíblica informa totalmente la espiritualidad carmelitana. De la Biblia extrajeron los carmelitas sus "tradiciones", que fueron líneas decisivas en la historia posterior.»¹⁴

Meditar las Sagradas Escrituras en el corazón y en su espíritu se convierte en el carmelita en experiencia de la Palabra de Dios; que ilumina no solo su vida interior, sino que guía su vida externa, ya que

¹² BERNARDO MARÍA DE SAN JOSÉ, «La florecilla árabe. Semblanza de la beata María de Jesús Crucificado», Ed. El Carmen, Vitoria 1983, 71.

¹³ *Christus*, IV, Barcelona 1929, 1063. Citado por Ismael BENGOCHEA, *Las gentes y Teresa*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1982, 105.

¹⁴ Cf. Jaume BARRULL, «Por los senderos de la Regla del Carmelo», *Lluvia de Rosas*, 535 (1994) 8-11.

como prescribe la Regla, «toda cosa que debáis hacer, hacedla según la palabra del Señor» (n.19). A la vez ilumina la existencia individual y la colectiva.

La meditación constante de la Palabra de Dios dará al carmelita, como dice la Regla, tener «siempre abundantemente en vuestras bocas y corazones la espada del espíritu que es la palabra de Dios» (n. 11).

San Alberto insta a los carmelitas a defenderse de las persecuciones y de las tentaciones con luz que proviene de la Sagrada Escritura: «Todos los que quieran vivir píamente en Cristo padecen persecución; y el diablo vuestro adversario anda como león rugiente, buscando a quien devorar, con toda diligencia procurad vestiros la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del enemigo» (n. 18). La armadura espiritual está hecha del «cíngulo de la castidad, [...] pensamientos santos, [...] coraza de la justicia, [...] escudo de la fe, [...] cubrir la cabeza con el yelmo de la salvación, de suerte que sólo la esperéis del Salvador, [...] améis al Señor Dios vuestro con todo el corazón y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos» (n. 19).

La forma de vida dada por el Patriarca Alberto es sacada también de las exhortaciones del Nuevo Testamento: el trabajo manual a ejemplo de san Pablo (n. 20), el silencio (n.21), la actitud de servicio del prior (n. 22), la exhortación que los religiosos honren «a vuestro prior con humildad, entendiendo que es Cristo» (n.23). Y esperar solo de Cristo la recompensa del servicio realizado en su obsequio (n. 24).

Podemos decir que para «san Alberto, la Palabra de Dios no podía dejar de ser, al mismo tiempo, Cristo mismo y las Escrituras que nos proponen a Cristo, [...] vivan los hermanos del Carmelo las riquezas de Cristo realizadas en sus personas y obtengan de la fuente de las Escrituras, la inteligencia de las cosas de Dios, la sabiduría de vida, los estímulos y las certezas espirituales, que convienen a los creyentes llamados a recorrer, con radicalismo evangélico el camino cristiano de la coherencia y de la fidelidad».¹⁵

5. La Palabra de Dios, alimento espiritual de los Carmelitas

La Palabra de Dios es para el carmelita la fuente y el alimento de su vida espiritual. En los escritos de los Santos del Carmelo no solo encontramos una gran abundancia de la Palabra de Dios, sino que esta ha ido configurando su propio ser.

Santa Teresa de Jesús, aunque por la época que le tocó vivir, no haya podido leer directa y enteramente la Biblia, ha llegado a un conocimiento hondo de la misma. La Sagrada Escritura es el trasfondo de su obra y su pensamiento. No hay libro suyo que no esté cuajado de

¹⁵ SECRETARIATUS PRO MONIALIBUS, *La Palabra de Dios en nuestra Regla* n. 6.

citas. Cuarenta y siete libros distintos cita ella de la Sagrada Escritura. Lee la Biblia en clave espiritual e íntima. En ocasiones se le da experimentar vivamente la Palabra de Dios en su vida, en otras ocasiones el mismo Señor a través de ella indica a sus consultores: «Diles que no se sigan por una sola parte de la Escritura, que miren otras. Y que si podrán, por ventura, atarme las manos» (CC 19)

Se da en Teresa una asimilación vital de la Escritura, busca identificarse con los personajes bíblicos, recrear sus actitudes, especialmente de los personajes evangélicos. Dirá Alfonso Ruiz: «Esta fe absoluta que Teresa presta a la Palabra de Dios, su vida se ha ido llenando de la misma, para luego irse modelando conforme a la exigencia de la Escritura, que se convierte para ella en norma segura de vida. Con satisfacción dirá que sus confesores: “Ninguna cosa han hallado que no sea muy conforme a la Sagrada Escritura, y esto me hace estar ya sosegada” (CC 3,13).»

En san Juan de la Cruz la Sagrada Escritura es la fuente primordial en todos sus sentidos: de vida, experiencia, doctrina y lenguaje. Es su libro de lectura, meditación, canto; de cabecera y de viaje; de contemplación personal, de magisterio oral y escrito. Tiene tal grado de adhesión y asimilación de la Sagrada Escritura que se habla de «Biblia experimentada», «mística escriturística». En él se da una «verdadera simbiosis entre la historia bíblica e historia personal, identificando experiencias personales con experiencias antiguas, de personajes bíblicos con los creyentes de hoy. Especialmente en lo que se refiere a la propia vida y experiencia. Es la misma historia de uno y otro caso».¹⁶

La Sagrada Escritura, como señala Federico Ruiz, «además de contenidos, la Escritura presta a Juan un servicio valioso en materia de lenguaje. Es enemigo de la expresión autobiográfica. En cambio, identificándose con palabras y experiencias de personajes bíblicos, tiene la posibilidad de contar y cantar veladamente en primera persona las propias alegrías y penas, las misericordias y mercedes de Dios, escondiéndose tras la palabra del profeta, del salmista o de san Pablo. En palabras textuales de la Biblia se oyen gritos personales de san Juan de la Cruz».¹⁷

Realizará una lectura cristocéntrica de la Sagrada Escritura. Jesucristo personifica y plenifica la revelación: Cristo-Palabra y Cristo-Amado. Fundamentará el comentario de sus poemas en la Sagrada Escritura. Así lo explica en el Prólogo de *Subida*: «Con el favor divino, hubiere de decir –a lo menos para lo más importante y oscuro de

¹⁶ Federico Ruiz, *Místico y Maestro. San Juan de la Cruz*, Ed.Espiritualidad, Madrid ²2006, 62.

¹⁷ *Ibíd.*, 61-62.

entender— de la divina Escritura, por la cual guiándonos no podremos errar, pues que el que en ella habla es el Espíritu Santo» (1S pról. 2).

Santa Magdalena de Pazzi «tenía en grandísima veneración al Santo Evangelio y todas las palabras de la Sagrada Escritura». Así lo testifican las que le conocieron como Sor María Magdalena Mori: «Sobre el Evangelio tuvo tan elevadas inteligencias y consideraciones, que no pudo menos de maravillarse como una doncella de tan poca preparación pueda penetrar tan altos misterios de la Escritura.»¹⁸

El beato Francisco Palau, solo después de meditar mucho la Palabra de Dios en el corazón y en su mente, podrá alcanzar no solo la familiaridad que muestran todos sus escritos, sino que este «estudio se convierte en experiencia de la Palabra de Dios; experimenta la Palabra de Dios como respuesta a sus problemas personales y eclesiales, como alimento espiritual fuerte de su espíritu, como luz que ilumina los pasos de su existencia, como descubrimiento de los misterios de los designios de Dios sobre los pueblos.»¹⁹

En sus escritos autobiográficos santa Teresa del Niño Jesús, testifica que el Evangelio es la fuente habitual de su oración: «Lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...» (Ms A 83v). Escribe Agustí Borrell: «En la Escritura Teresa ha encontrado una riqueza extraordinaria que le ha permitido superar la pobreza de la espiritualidad de su entorno y abrir para ella y para la Iglesia caminos nuevos, plenamente basados en el Evangelio. Pero ha encontrado mucho más que eso: para ella, la Escritura es el camino de acceso directo a Dios, es la voz del Amado, es Jesús mismo hecho Palabra.»²⁰

A Isabel de la Trinidad también le será concedido el don de penetrar con profundidad en la Palabra de Dios. Escribe Conrad de Meester: «El Espíritu desarrolló en el corazón de esta joven poco instruida un carisma particular, para comprender desde dentro, gustar y vivir los magníficos designios de amor divino que Pablo y Juan discurrían entre sus ojos maravillados. [...] Ella funda su contemplación y su doctrina sobre la palabra revelada, vivificada por el contacto con el Verbo de Dios. Es esto lo que da a sus escritos vigor y salud, profundidad y horizontes.»²¹

¹⁸ Rafael M^a LÓPEZ MELÚS, *S. Magdalena de Pazzi. Vida y Doctrina*, AMACAR, Onda 1991, 102

¹⁹ Román LLAMAS, *La Biblia del P. Francisco Palau*, Ed. CMT Roma, 30.

²⁰ Agustí BORRELL «Horizontes infinitos. Teresa de Lisieux y la Biblia», en Emilio J. MARTÍNEZ (coord.), *Teresa de Lisieux. Profeta de Dios, Doctora de la Iglesia*, Actas del Congreso Internacional celebrado 30 de noviembre - 4 de diciembre de 1998 en Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca - Centro Internacional de Ávila 1999, 241-261 (261).

²¹ Conrad DE MEESTER, "Introducción General" en Isabel de la Trinidad, *Obras Completas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1986, 26.

El testimonio de estos y otros santos carmelitas²² que hicieron de la Palabra de Dios su alimento espiritual –siendo fieles en poner por obra las exhortaciones de la Regla dada por san Alberto–, nos hace constatar que les fue por ello concedido no solo un conocimiento íntimo de la Sagrada Escritura, sino el que la experimentaran. La lectura, la meditación, la interiorización de la Sagrada Escritura fue para ellos una fuente de agua viva (Jn 7, 38), que les llevó al profundo conocimiento de Cristo, a la participación en su misma vida, de hijos en el Hijo. La Sagrada Escritura fue luz para el discernimiento espiritual de la acción del Espíritu Santo en sus vidas.

6. El amor esponsal en los Santos del Carmelo

Una de las características esenciales del carisma del Carmelo es la búsqueda constante de la intimidad y la unión con Dios en el silencio y la oración. Una intimidad que se reviste de características esponsales, después de una intensa purificación de afectos, ya que Dios no se da del todo hasta que no nos damos del todo. Esta relación esponsal con Jesucristo, el Esposo de la Iglesia, y de cada bautizado, tiene su expresión más alta en la unión transformadora, llamada también «matrimonio espiritual».

El documento más antiguo de espiritualidad carmelitana declara que «dos son los fines de esta vida; el primero debemos conquistarlo con nuestra fatiga y el ejercicio de las virtudes, ayudados por la gracia, y consiste en ofrecer a Dios un corazón santo, puro de todo pecado actual [...], el segundo fin de esta vida se nos da por puro don de Dios y consiste en gustar en el corazón y experimentar en el espíritu el beneficio de la presencia divina, y la dulzura de la gloria celeste, no sólo después de la muerte sino también, en cierto modo, en esta vida mortal».²³

Escribirá A. Marchetti: «La espiritualidad carmelitana con sus perspectivas místicas revela una gran fe en la acción del Espíritu Santo, que colabora constantemente con las almas sedientas de Dios, obrando desde dentro con sus dones. Orientada hacia la unión más íntima con Dios, la espiritualidad del Carmelo tiene un carácter nupcial, y halla su expresión más alta en la unión transformadora, llamada también matrimonio espiritual. Como espiritualidad nupcial es esencialmente

²² Entre ellos destaca Edith Stein. Se puede consultar: Francisco Javier SANCHO FERMÍN, *La Biblia con ojos de mujer. Edith Stein y sus claves para escuchar la Palabra*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001.

²³ *Libro de la Institución de los primeros monjes*, c. 2. Citado por A. MARCHETTI, «Carmelitas», o.c., 334.

alegre, hecha de esperas y esperanzas, de gozos íntimos y de donaciones totales.»²⁴

Para vivir en la interioridad y establecerse definitivamente en Dios, el alma necesita vivir largo tiempo en un clima de renuncia. La misma vida de intimidad implica desapego, renuncia radical. Dios no se da del todo hasta que no nos damos del todo. La ascesis, el desapego de personas y de cosas, está en función de un amor más puro y ardiente, medios para alcanzar más plenamente la unión y transformación en Dios.

Se hace necesario que el alma busque el silencio, ya que la oración en silencio es un medio óptimo para captar las llamadas y mociones del Espíritu Santo y dejar que obre en el alma. El silencio contribuye a disponerse para esta relación, pero es puro don de Dios Trinidad, quien por medio del Espíritu Santo hace que se inaugure en el alma esta relación sponsal con Cristo, y que no deje de madurar hasta la unión transformante, es decir, el matrimonio espiritual.

Santa Teresa de Jesús experimentó místicamente a Cristo como el Esposo. Este le dijo: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía» (CC 35).

No queriendo que ninguna de sus hijas, por falta de correspondencia, pudiera impedir o retardar este encuentro nupcial con el Señor, no dejaba de formarlas en la conciencia de que son esposas de Jesús: «Nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras» (C 26,3). «Pedidle la palabra que vuestro Esposo es, que os trate como a tal» (C 28,3). «Procuraremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro esposo y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener» (C 22,7).

De este modo la vida espiritual se estructura como intercambio nupcial, así la moral, lejos de ser el cumplimiento de unas leyes, se convierte en el arte de complacer al Otro. No se puede complacer al Esposo si no hay virtudes grandes. Por ello, la Madre Teresa no dejará de instar a sus monjas a adquirir con la ayuda de la gracia las grandes virtudes que ella expone en *Camino de Perfección*, «la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas» (C 4,4). Estas virtudes son necesarias para que se desarrolle en el interior del alma la relación sponsal con Cristo.

La humildad es un don de Dios que se da a quien contempla la vida, pasión y muerte de Jesucristo y le adora. También se da al que ama de verdad a Jesucristo, busca unido a Él la gloria de Dios y el

²⁴ *Ibíd.*, 334.

advenimiento del Reino y humildemente pide al Señor que le conceda el don de la humildad (Mt 7,7). La humildad, siendo fruto del Espíritu, es a la vez condición necesaria para su habitación en el alma, ya que, como dice san Agustín: «El Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad. Se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, cual lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una colina, rechazada, va en cascada. Por eso se dijo: “Dios resiste a los soberbios y, en cambio, a los humildes les da su gracia”. ¿Qué significa les da su gracia? Les da el Espíritu Santo. Llena a los humildes, porque en ellos encuentra capacidad para recibirlo.»²⁵

El desasimiento de todo lo criado, cosas y personas, es otra de las condiciones para que se desarrolle el amor nupcial con Cristo Esposo. Lo advierte repetidamente santa Teresa: «Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo. Esto es cosa cierta y, porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces: ni obra en el alma como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar; es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor con su corte [los santos]? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo» (C 28,12).

La otra virtud es el amor de unas a otras. No es un amor simplemente voluntarioso, sino teologal, cuya fuente está en Dios. Algo que nos recuerda san Juan, «Dios es la fuente del amor: amémonos, pues, unos a otros. El que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1Jn 4, 8-9).

San Juan de la Cruz nos recuerda que Cristo es la palabra definitiva del Padre, es a la vez el Esposo del alma. Esta nueva relación con Cristo parece que surgió en su alma en la prisión de Toledo. Él antes era un asceta, el cual por medio de una vida austera, llena de penitencias, se esforzaba en vivir el Evangelio. Quiere retornar a Dios los dones que le ha concedido, si no sería objeto de castigo. Esta visión de la relación del hombre con Dios la podemos constatar en el inicio del *Cántico espiritual*. «Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligado hacer [...], sintiendo a Dios muy enojado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas, tocada ella de pavor y de dolor de corazón interior sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano a todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón herido ya del

²⁵ SAN AGUSTÍN, Sermón 270,6: BAC 447, 760. Citado por Guillermo PONS en *El Espíritu Santo en los Padres de la Iglesia*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1998, 122.

amor de Dios, comienza (a) invocar a su Amado.»²⁶ Una vez se ha inaugurado en su alma esta relación esponsal con Cristo, no dejará de buscarlo hasta la unión transformante en Él. Este itinerario nupcial del alma bautizada con Cristo es cantado bellamente en *Cántico Espiritual y Llama de amor viva*, y explicado teológicamente en el comentario de cada una de sus estrofas.

Dios nunca se repite en sus santos, al beato Francisco Palau le fue dado descubrir místicamente que la Iglesia es la esposa del sacerdote: «En el día en que fui ordenado sacerdote, fui consagrado por la Ordenación a tu servicio a la faz de la Iglesia, fui entregado a ti; y desde aquel día yo no me pertenezco a mí, tuyo soy yo y todas mis acciones, cuanto soy y tengo. En cuanto a sacerdote, soy esposo tuyo... Sólo puede satisfacer los deseos del corazón la unión de amor, de esposo fiel, consumada en tu altar con la participación del augustísimo Sacramento» (MR 19,26).

El itinerario vital de santa Teresa del Niño Jesús también es un itinerario esponsal con Jesús. En el día de su profesión religiosa llevará en su pecho un billete que dice: «¡Oh Jesús, divino esposo mío! [...] Que nunca busque yo, y que nunca encuentre, cosa alguna fuera de ti; que las criaturas no sean nada para mí y que yo no sea nada para ellas, sino que tú, Jesús, ¡lo seas todo!» (Or 2). Será fiel en no buscar afectos de nadie, sino solo de Jesús, a pesar de que en la oración la sequedad era la tónica habitual. Por la acción del Espíritu Santo no dejará de amar y contemplar la belleza de su Amado Jesús. De este modo por el amor y por el conocimiento se dará en ella en tal profundidad la unión con Jesús que quedará cristificada. Siendo Jesús en ella quien, en la noche oscura de todo tipo de sufrimientos espirituales y físicos, entregará su alma al Padre, reconociendo su bondad y su amor.

De este amor esponsal que Cristo desea que exista en las personas que ha escogido para sí, nos da un testimonio bellísimo santa Isabel de la Trinidad. Ella desde muy joven consagró a Jesús su virginidad y anhelaba ingresar en el Carmelo para poder ser toda de Jesús. Un día su madre le propuso un buen partido, ella misma escribirá cómo lo vivió: «¡Pero qué indiferente me ha dejado esta seductora propuesta! ¡Ah!, mi corazón no es libre. Lo di al Rey de los Reyes, no puedo disponer de él. ¡Ah! Oigo la voz del Amado en el fondo de mi corazón: [...] La porción que te he escogido es ciertamente la más bella, es necesario que te haya amado con un amor muy grande para habértela reservado, amada mía., ¿Sientes en ti bastante amor a tu Jesús, aceptas estos sacrificios? ¿Quieres consolarme? ¡Ah, estoy tan abandonado!... Hija mía, no me abandones, quiero tu corazón. Lo amo,

²⁶ JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid ²1982, Cántico B, anotación a la canción 1, pp. 686-687.

lo he escogido para mí, deseo el día en que serás enteramente mía. ¡Oh, guárdame tu corazón!»²⁷

Toda la vida religiosa de Isabel de la Trinidad fue un ir ahondando lo que significa el sentirse escogida por Jesús para vivenciar la Iglesia como esposa de Cristo, testimonio de ello es este escrito íntimo tres años después de sentir vivencialmente que Jesús la quería toda para Él: «¡Ser esposa de Cristo! ¡No es sólo la expresión del más dulce de los sueños; es una realidad divina, la expresión de todo un misterio de semejanza y de unión. [...] La vida de esposa es para vivirla! Esposa, todo lo que este nombre hace presentir de amor dado y amor recibido! de fidelidad, de dedicación total...».²⁸

Santa Teresa de los Andes, en una de sus cartas expresa su gran sorpresa de experimentar en ella el amor esponsal de Dios: «Yo antes creía imposible poder llegar a enamorarse de un Dios a quien no veía; a quien no podía acariciar. Mas hoy día afirmo con el corazón en la mano que Dios resarce enteramente ese sacrificio. De tal manera siente uno ese amor, esas caricias de N. Señor, que le parece tenerlo a su lado. Tan íntimamente lo siento unido a mí, que no puedo desear más, salvo la visión beatífica en el cielo» (cta. 40, a Elena Salas). Toda su vida de carmelita la vivirá en esta clave nupcial, la esposa que en todo debe buscar complacer al Esposo Cristo.

Estos y muchísimos otros/as carmelitas han gozado del susurro y de la brisa suave de la intimidad con Dios, y como dice el P. Ferrara OCD: «la estructura del mundo es esponsal, es el elemento último de la realidad, la mística es la estructura más profunda del mundo, la estructura del hombre con Dios es esponsal, llegará un momento en que sólo quedará lo esponsal; el alma carmelita vive la más profunda estructura del mundo, el centro de un movimiento esponsal es el máximo que puede llegar, es anticipar proféticamente lo que será la plenitud del mundo, el matrimonio nupcial del mundo con Dios.»²⁹

²⁷ ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras Completas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1986, 250-251.

²⁸ *Ibíd.*, 278. (Nota íntima n. 13).

²⁹ Apuntes de una conferencia del P. FERRARA, Puçol 19.12.1985.